

**XX CERTAMEN LITERARIO INTERCEPA DE LA
COMUNIDAD DE MADRID**

CURSO 2025-26

4º PREMIO (60 €)

CEPA Buitrago del Lozoya

Título: *El más leal*

Alumno/a: María Fernández Benito

Curso: Escritura creativa

El más leal

Cuando el Señor le avisó de su partida, estaba implícito que alguien debía quedarse.

Él asumió el deber, como había hecho siempre: guardar linderos, espantar intrusos, advertir a los extraños antes de cruzar el umbral era su cometido.

Y él lo hacía. Jamás entraba nadie sin que lo supiera. Se erguía ante cualquier sonido. Sus advertencias eran breves, bajas. Suficientes. Y, cuando lo necesitaban, un silbido corto lo hacía acudir sin demora. Nunca fallaba. Antes de marcharse, el Señor le había dado una orden: que los cuidara hasta su regreso. Y él era bueno cumpliendo órdenes.

El niño creció bajo su cuidado. Cada vez se parecía más a su padre. A veces, lo observaba, buscando en su postura, en su voz, algo que confirmara que el mundo seguía en su sitio.

No lo estaba, aún no. Pero su misión continuaba.

No notó el paso del tiempo. Para él no hubo mares, tormentas, ciudades extranjeras ni cielos desconocidos. No cruzó fronteras, ni sobrevivió a guerras. Solo permaneció. Mientras el Señor recorría el mundo, a Troya y de regreso, él sostuvo la casa en pie. Pero el tiempo lo alcanzó: su cuerpo empezó a traicionarlo. Las carreras se acortaron. Las alimañas escaparon. Su hocico encaneció, la vista se volvió turbia. El dolor se instaló en sus caderas.

Nadie se lo reprochó. Las voces en la casa cambiaron: se hicieron suaves, compasivas. Olía en el aire una tristeza que no entendía.

¿Había fallado? Pensó, pero todo seguía en orden. Ninguna amenaza había cruzado la puerta. Aun así, dejaron de llamarlo con el silbido.

—Dijeron que no va a volver —susurró un día la Señora, inclinándose hacia él—. Puedes descansar. Ya es suficiente.

No la creyó. Descansar no formaba parte de la orden. El mundo se fue reduciendo a una estancia cómoda que se iluminaba por la tarde. El dolor dejó de ser enemigo, y se convirtió en compañero.

Una mañana, cuando el aire traía sal y polvo de caminos lejanos, lo percibió. No un sonido, sino algo más antiguo que eso. Mientras las voces se alzaban, se incorporó como no lo hacía desde hacía tiempo. El corazón golpeó con fuerza sus costillas. Las piernas temblaron. Pero avanzó. Una figura ocupó el umbral: piel curtida, barba, cicatrices nuevas. El tiempo lo había cambiado, pero lo esencial seguía ahí. Pulso. Aroma.

Mientras otros vacilaban, él lo supo. Y se acercó. Rozó a aquella figura, sintió la mano áspera en su cabeza. Movié la cola. Una vez. Después nada. Había cumplido su cometido más allá de la fuerza de su cuerpo. Sostenido la casa, guardado el orden.

—Argos...

Cayó a sus pies. Misión cumplida.

Porque para el hombre veinte años fueron un viaje. Para él, lo fueron todo.